

PACHO O'DONNELL

HISTORIAS ARGENTINAS

De la Conquista al Proceso

Editorial Sudamericana

INDICE

CAPÍTULO 1 De 1492 a 1540

El invento de las joyas.....	11
Un fabulador inmortalizado	12
Los monstruosos americanos	12
Nuestros valientes antepasados	14
La América antes de la invasión europea	15
<i>Syphilo</i> y el palo santo	17
El fraile esclavista	18
La postergación femenina	20
La “pacificación” por la fuerza	21
Nuestra primera ciudad	22
El sudor del sapo	24

CAPÍTULO 2 De 1540 a 1770

El paraíso de Mahoma.....	29
Los santos ayudan	30
Vuestro pie muy sucio	31
El puerto contrabandista y negrero.....	31
Una presa insignificante	33
La riqueza indigesta	35
Beneméritos vs. confederados	35
La tierra sin mal.....	38
La dignidad calchaquí	40
Los milagros discriminan	42
Utrecht y el comercio esclavista	42

Los guardianes de la “pureza” religiosa	43
Nuestras provincias durante la colonia	45
El siempre peligroso oficio de artista	46

CAPÍTULO 3
De 1770 a 1812

Obsecuencia y colaboracionismo	51
La pensión por vida	52
La universidad revolucionaria	54
La vocación independentista	55
La infanta Carlota de Borbón	56
Una oculta protagonista de Mayo.....	58
La cantidad de cuatro mil pesos	59
El Plan de Operaciones	60
La primera pueblada	62
Corrupción en la Junta de Mayo	64
Reparar tamaño desorden.....	66

CAPÍTULO 4
De 1812 a 1822

Los avatares del himno patrio	71
Americanos contra americanos	72
Una guerra caníbal.....	73
Un patriota ejemplar	74
Las sociedades secretas	78
El negocio de Italia	80
Los ñoquis de la independencia	82
Un revolucionario arrepentido.....	83
La intrepidez del paisanaje.....	85
Mejor el vino que el aguardiente	92
Cuando la Argentina ocupó California	94
Nuestra bandera en las Malvinas	95
Cláusulas reservadas y reservadísimas	96
El protector de los pueblos libres.....	97
Una entrevista nada misteriosa	102

CAPÍTULO 5
De 1822 a 1840

La cabeza del caudillo	107
Don Bernardino, el precursor	108
¿Quiénes eran los bárbaros?	110
¿Luis XVII vivió y murió en Buenos Aires?	111
El infortunio del descamisado.....	116

CAPÍTULO 6
De 1840 a 1853

El canje de la cautiva	125
Confidente, consejero y adivino	126
El ejército “libertador”	127
La popularidad de los bárbaros	130
El tintero de la memoria	134
El secretario sabe que va a morir	135
Para justificar la invasión.....	137
El protagonismo de la chusma.....	138
Saqueo, violaciones y muerte.....	139
Pedro, el hijo ilegítimo.....	140
La Patagonia para Chile	141
Un santo inservible.....	142
Cuando la niña se enamora	143

CAPÍTULO 7
De 1853 a 1878

El precio de una escuadra	149
Razas buenas y de las otras.....	150
Cómo se pierde una batalla ganada	152
La polémica fundamental.....	155
Las dificultades del progreso	158
Hipotecar la Casa de Gobierno	158
Los coroneles pacificadores	159
El gaucho perseguido.....	161
Una guerra tan desapareja	165
Los pantalones mordoré.....	167

Tiempo para amar	168
“Hoy me van a matar”	169

CAPÍTULO 8
De 1878 a 1910

¿La Patagonia para Gran Bretaña, Chile o Francia?.....	175
Los del ochenta	177
Los muertos de la capitalización	180
Una nueva capital para la provincia.....	181
El conflicto con la Iglesia	182
Pellegrini y el default de 1890.....	183
Los inmigrantes de la discordia.....	186
Nace un partido popular	187
El tiro del final.....	189
¿La Argentina rica?	190
Semana de Mayo de 1909.....	192
Un eufórico centenario	192
El progreso bajo tierra.....	193

CAPÍTULO 9
De 1910 a 1930

Un soldado de América	197
La reparación nacional.....	198
¿Un gobierno popular?.....	199
La neutralidad ante la guerra	201
Querer las cosas del océano	202
Los cimientos de la familia	203
Dos tragedias	204
La práctica inconsciente.....	205
La reforma universitaria.....	206
Apoyen a Marcelo y a Elpidio	207
La bonanza de artes y ciencias	207
Este hombre es un santo.....	210

CAPÍTULO 10
De 1930 a 1943

La hora de la espada	215
La ceguera de quien no quiere ver	216
El millón que faltó en la plaza	217
Gobernar no es pagar	218
Las volteretas de la historia	219
La fuerza inspiradora	220
El pacto Roca-Runciman	221
“Dígale que se cuide”	223
Nacimiento del revisionismo	223
Asesinato en el Senado de la Nación	227
El invento argentino	228
El exilio literario en la Argentina	228
La crisis y el tango	230
La desobediencia al nuevo amo	232
Somos una Argentina colonial	233
El sacrificio del capitán	234
La neutralidad y el desarrollo industrial	235
La logia secreta	236

CAPÍTULO 11
De 1943 a 1955

Los rascas y la calle	241
Un embajador entrometido	242
“Hoy lo necesito más que nunca”	243
El 17 de octubre	244
Convenciendo a los empresarios	245
Una Constitución para los humildes	245
“Por lo menos pagales”	246
La plenipotenciaria de los descamisados	247
La tercera posición y la guerra que no fue	248
La propaganda política	249
Por qué ser peronista	249
Por qué ser antiperonista	251
Los que traicionan a Cristo	252
Cinco por uno	254
“¿A mí me la vas a contar?”	255

CAPÍTULO 12
De 1955 a 1962

Vencedores y vencidos	259
¿Hacia dónde vamos?.....	260
Entereza ante la muerte	261
La historia de una matanza.....	263
El pacto de Caracas	264
Ochenta y cinco mil	265
Un presidente acosado.....	266
La revolución cubana.....	268
Las crisis de Frondizi	269
“¿Dónde va a dormir esta noche?”	270

CAPÍTULO 13
De 1962 a 1970

El circo de los tanques.....	275
Las exenciones de Rockefeller.....	276
La conspiración mediática.....	277
El Comandante Segundo.....	278
El Di Tella	279
El balance de un “mal gobierno”.....	280
Los visitantes indeseables.....	282
El Lobo	282
Los gastos reservados.....	283
Los salteadores nocturnos.....	284
Un calificado auditorio	286
La lección de civismo	286
La opinión disonante.....	287
“¿Qué hacés, Cóndor?”	287

CAPÍTULO 14
De 1970 a 1976

Atar los zapatos	293
“Huelen a Barrio Norte”.....	294
La que usted quiera.....	295
El amigo del ocaso	296

El triunfo de la derecha.....	297
“Usted nos engañó a todos”.....	298
La alternadora de Happy Land	299
El Brujo siniestro.....	299
La autoterapia revolucionaria	301
Señor, perdóname	302
Los imberbes	302
Mi faraón, mi faraón... ..	304
De victimario a víctima	306

CAPÍTULO 15
De 1976 a 1983

El hijo de Mary	309
La madre de las Madres.....	309
Los vuelos de la muerte.....	312
La tortura de la desconfianza	314
Vamos, Patria	315
Se necesita una guerra.....	315
Buenos para reprimir, malos para combatir.....	317
La dictadura cívico-militar.....	319
Atado en cruz	320
Quisiera que me recuerden	322
Un patriota contemporáneo	322
 Bibliografía.....	 327

EL INVENTO DE LAS JOYAS

Cuando se cerraron las rutas que llevaban a la India por el Oriente, a raíz de la caída de Constantinopla en manos turcas, se impuso la necesidad de abrir otras vías para el aprovisionamiento de metales preciosos y de especias. La invención de la brújula y el astrolabio y la construcción de naves capaces de enfrentar las tormentas oceánicas, además de la bonanza económica de la España de entonces, hicieron posible que Cristóbal Colón se lanzara hacia el oeste llegando en 1492 a las Antillas, creyendo haber llegado a la India. Como insólita consecuencia de dicho error seguimos llamando a nuestros aborígenes indios tobas o indios mapuches...

La historia nos enseña que fue la reina Isabel la Católica quien, con sus joyas, financió la expedición colombina. No fue ella sino Juan Santángel, un comerciante judío, en sociedad con los hermanos Pinzón, quienes aportaron dos carabelas de su propiedad. Lo de la reina fue una invención que justificaría la delegación que el Papa, supuesto dueño del orbe, hiciera de las nuevas tierras en los soberanos españoles. No en España sino en sus reyes, lo que algunos siglos más tarde explicará algunas estrategias de los revolucionarios de Mayo.

La Corona española era pesimista acerca del resultado de la expedición, lo que justifica la firma de las Capitulaciones de Santa Fe, el 17 de abril de 1492, por las que se concedía a Colón y a sus financistas grandes prerrogativas, como la de ser nombrado almirante, virrey y gobernador de las tierras a descubrir, además del diez por ciento de las riquezas obtenidas, privilegios que a la postre no se cumplieron, siendo Santángel juzgado y condenado por la Inquisición y obligando a don Cristóbal a un infructuoso peregrinaje para que se cumpliera con lo acordado, empeño en el que lo sorprendió la muerte.

UN FABULADOR INMORTALIZADO

Mientras don Cristóbal atravesaba varias veces de ida y vuelta el océano, un fabulador y mediocre marino florentino, Américo Vespucci, escribía a su compatriota, el poderoso Lorenzo de Médicis, adjudicándose el Descubrimiento e instándolo a financiarle una expedición. A diferencia de los soberanos españoles que tratarían de mantener oculto el acontecimiento para, infructuosamente, no despertar la ambición de otras potencias, el príncipe Médicis publicará la carta y el cartógrafo alemán Waldseemüller la tendrá sobre su escritorio cuando deba bautizar los nuevos territorios. En su *Cosmographie Introductio* escribirá: “En el sexto clima, hacia el polo antártico, está situada la parte del globo que, habiendo sido descubierta por Americus, puede ser llamada ‘tierra de Américus’ o ‘América’”.

LOS MONSTRUOSOS AMERICANOS

Para hacer lo que se hizo fue necesario poner en duda la condición humana de los habitantes del Nuevo Mundo, a quienes se definía como “seres con apariencia de hombres”. A ello contribuyó Colón, quien en su *Diario* se refiere tres veces a seres “de un solo ojo”, como el cíclope griego. No termina ahí la cosa pues don Cristóbal en una de sus cartas a Gabriel Sánchez le cuenta que a “la gente con cola” podía encontrársela en la parte poniente de la isla Juana, en la provincia llamada Nuan, “adonde nace esta gente”. En su segundo viaje le llegó el conocimiento de que “en Mangi todas las gentes tenían rabo de más de ocho dedos de largo” y que no muy lejos de La Española, ciudad por él fundada, había seres “con hocico de perros que comían los hombres y que tomando uno lo degollaban y le bebían la sangre y le cortaban su natura”.

No se queda atrás Antonio Pigafetta, uno de los escasos sobrevivientes de la expedición magallánica y cronista de la misma, quien cuenta que en una de las tantas islas indianas vivían hombres que tenían las orejas tan largas como todo el cuer-

po, de manera que “cuando se acuestan, una les sirve de colchón y otra de frazada”.

A mediados del siglo XVI, el “*haut americano*” es descrito por primera vez en el capítulo LII de *Les Singularités de la France Antarctique* de André Thevet: “Tiene el tamaño de una mona de África, el vientre colgante y una cabeza parecida a la de un niño. Cuando se la captura suspira como un niño acongojado (...) Además a esta bestia nunca se la ha visto comer”.

Aún en 1602, *Le Relationi Universali* del abate Giovanni Botero, publicada en Venecia, reproduce la figura del “gastrocéfalo americano”: “Un hombre sin cabeza, que tiene ojos en la nariz y la boca en el pecho, y que va desnudo, menos en sus partes vergonzosas (...) y lleva sombrero ancho sobre sus espaldas, que de tan ardiente calor solar los defiende”. Y, más adelante: “Esto es verdaderamente un milagro de la naturaleza, un aborto o un prodigio, porque no se trata de un solo ser, sino que hay miles por estos lugares”.

El jurista de la Corona, Ginés de Sepúlveda, justificará la “guerra justa”, es decir el exterminio de americanos, porque “siendo por naturaleza siervos los hombres bárbaros, incultos e inhumanos, se niegan a admitir la dominación de los que son más prudentes, poderosos y perfectos que ellos siendo por derecho natural que la materia obedezca a la forma, el cuerpo al alma, el apetito a la razón, la mujer al marido, los hijos al padre, lo imperfecto a lo perfecto para desterrar las torpezas nefandas y portentoso crimen de devorar carne humana y propagar la fe cristiana por todos los rincones del mundo”.

Según investigaciones recientes, en 1492 en la isla donde Colón fundó La Española lo recibieron unos 300.000 nativos. De ellos, un tercio murió entre 1494 y 1496. En 1514 fueron censados sólo 26.300. En 1548 escribía el cronista Fernández de Oviedo que “de tres veces cien mil y más personas que había en aquella sola isla, no hay ahora quinientos”.